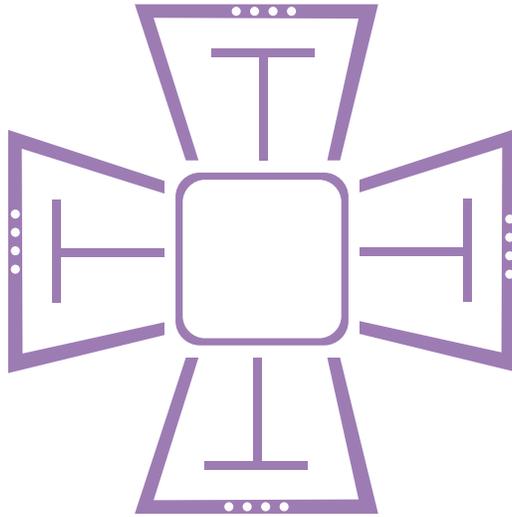


# Rumbo al Mictlán

Azalea Isabel Monterrubio Jiménez

Ilustración

Manuel Rodríguez Sánchez





Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, México.

**Lic. Adelfo Regino Montes**

Director General del  
Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

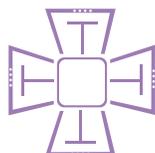
**Mtra. Bertha Dimas Huacuz**

Coordinadora General de  
Patrimonio Cultural y Educación Indígena

**Itzel Maritza García Licona**

Directora de Comunicación Social

# RUMBO AL MICTLÁN



Azalea Isabel Monterrubio Jiménez

Ilustración

Manuel Rodríguez Sánchez

Corrección de estilo

Victoria Cea Rodríguez

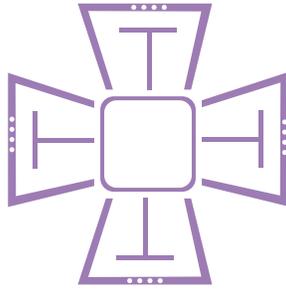
Diseño editorial

Jesica Itzel Valdespino Flores

Coordinación

Norberto Zamora Pérez

México, 2021.

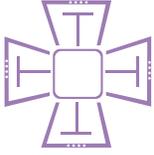


# INTRODUCCIÓN

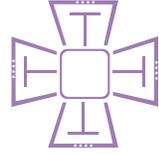
Una de las tradiciones más importantes de México es el Día de Muertos, dos días al año, **1 y 2 de noviembre**, cuando los hogares de las familias mantienen un altar que se ha ido formando unos días atrás, con flores, veladoras, papel picado, comida, etc. Aunque esa es la forma en que lo conmemoramos hoy en día, debemos recordar que la celebración es más antigua, de hecho, se remonta a nuestras raíces prehispánicas, donde las ofrendas eran diferentes.

En la parte central de lo que hoy es México, donde se ubicaba el antiguo imperio Mexica, se creía que al morir, cada persona tenía un lugar específico al cual llegar, el más conocido era el Mictlán. Pero para poder llegar ahí, el recién fallecido tendría que caminar por nueve casas, cada una con alguna misión que cumplir, para poder pasar a la siguiente.

En este cuento acompañaremos a Sintiopil, un joven mexica que ha tenido que partir a la tierra de los muertos antes que sus padres. En su lecho de muerte, su padre le dice qué verá al otro lado y lo responsable que debe ser en cada tarea que le toque realizar.



# RUMBO AL MICTLÁN



Casi oscurecía en el valle cuando el **tepahtihquí**<sup>1</sup> salió de aquella casa.

El diagnóstico fue el mismo que el de todos los **tepahtiani**<sup>2</sup> anteriores, **Sintiopil**<sup>3</sup> estaba dejando el mundo de los vivos.

El futuro viaje que le esperaba al joven había comenzado unos días atrás, cuando un extraño agotamiento no le permitió dejar su petate. **Yoltic**<sup>4</sup> al ver que el tiempo junto a su hijo pronto terminaría, le obsequió una última lección:

- *¡Escucha bien! el recorrido todos lo deben de saber, pues así se honra a los señores del Mictlán. Cruzarás por nueve casas, cada una tendrá una tarea que cumplir, el engaño no te servirá de nada, sólo la pureza de tu cuerpo y alma te permitirán seguir hasta tu destino.*
- *¡Padre, tengo miedo!*
- *Nada tienes que temer, que allá a donde tú irás, también he de llegar algún día.*
- *¿Y si me pierdo? – Sintiopil volvió a exclamar con miedo y una voz mucho más baja.*
- *¿Cómo podrías, si el camino es el mismo para todos? Con la voz calmada de su padre dándole instrucciones, Sintiopil se arrulló y poco tiempo después partió de nuestro mundo para comenzar su recorrido.*



<sup>1</sup> Nombre náhuatl para los médicos o doctores.

<sup>2</sup> Nombre náhuatl para los curanderos.

<sup>3</sup> Pequeño dios del maíz o pequeño dueño del maíz. Maicito.

<sup>4</sup> Nombre náhuatl que significa “el que vive”.





# I Itzcuintlan

“Lugar de los perros”



*Cuando vuelvas abrir tus ojos, deberás estar frente al río Chiconahuapan, eso querrá decir que la gran Tlaltecuhitli<sup>5</sup> aceptó tu cuerpo y lo ha enviado al inicio del camino...*

El mareo de estar en un lugar y aparecer en otro, completamente diferente, hizo que Sintiopil cayera sentado a unos metros de la orilla del río. Las palabras de su padre resonaban en su cabeza, pero lo que realmente le asustaba era la exactitud de ellas. A su alrededor había una gran cantidad de personas de diferentes edades, hombres, mujeres y niños, algunos tenían una expresión de esperanza; sin embargo los que más llamaron su atención, eran aquellos de mirada triste, que poco a poco iban dejando el lugar en sentido contrario, perdiéndose entre la neblina de los alrededores:

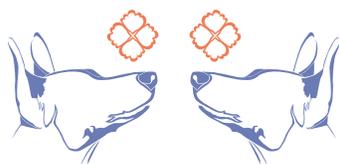
*Lo que yo pueda enseñarte o castigarte, no asegura tu paso por la primera casa, si Itzcuintle fue tratado con buena vida, abogará por ti y él te guiará por el río, de lo contrario tu destino será el mismo de aquellos que verás caminando sin un rumbo fijo y sin poder acercarse a las aguas...*

Un escalofrío recorrió su espalda cuando volvió a escuchar las palabras de su padre. Ser juzgado a su edad no era algo que le agradara, pero ante la mirada de los grandes señores nada estaba oculto; y así como niños más pequeños que él se alejaban del lugar, también estaban los que pasaban con sus perros.

Más tranquilo se levantó del piso y echó a caminar a lo largo de la orilla del río. Había tantos perros ahí, los tres colores en los que se dividían, como le advirtió su padre, le ayudó a reconocer a la gente que no sabía a cuál perro pedirle ayuda. Los Xoloitzcuintles negros y blancos se negarían siempre a ayudar, ya que los primeros acababan de terminar su recorrido por lo que se encontraban sucios, mientras que los blancos no sólo habían realizado su viaje con otra persona, sino que ahora estaban limpios y no podían ensuciarse de nuevo. Luego estaban los de color pardo, aquellos que todavía no llevaban a nadie, esperando por quien los cuidó en vida o abogando por aquella persona que los trató bien cuando estaban entre los humanos.



<sup>5</sup> Diosa de la tierra en la cultura mexicana.



Sitiopil se quedó viendo a un perro que le devolvía la mirada mientras movía su cola sin pelo, ambos se reconocieron y de golpe llegaron los recuerdos: de Itzcuintle llegando como un regalo sorpresa, escondido en un costal que su padre cargó desde Tlatelolco; cada vez que la comida de su madre no le gustaba, se la regalaba a su amigo de cuatro patas; o todas las tardes, en el lago cerca de su casa, pasaban el tiempo corriendo, nadando o lanzando una vara. Cuando su perro murió, lo que más extrañó fue su forma de recibirlo cada tarde después de hacer sus deberes: el cachorro corría y saltaba para quedar acunado en los brazos de Sintiopil; justamente como se encontraban ahora después del tiempo sin verse.

- *¡Itz, no lo puedo creer, estás sano y fuerte de nuevo!*-El perro bajó de los brazos de su dueño, corrió unos metros lejos y regresó con una bolsa que le entregó. Sintiopil la tomó y examinó lo que había adentro.
- *¡Oh! Son las cosas que puso mi padre como ofrenda, ¿verdad?* – preguntó a Itz – *Jamás le digas que las perdí, ¡por favor!* – decía mientras con una mano le acariciaba detrás de las orejas, y la otra intentaba sacar algo de aquella bolsa.

Encontró la cuerda de algodón blanco y la colocó alrededor del cuello de Itzcuintle; el perro orgulloso de su nuevo collar hizo fiestas a los pies de Sintiopil, luego se dio la vuelta dándole la espalda a su dueño y miró fijamente el río. Pasaron unos minutos hasta que sus ojos se iluminaron, poco a poco el perro comenzó a crecer de tamaño y finalmente se echó a los pies de Sintiopil invitándolo a subir a su lomo.

- *Listo* – fueron las únicas palabras que necesitó el Xoloitzcuintle antes de sumergirse en el agua.

Su viaje apenas comenzaba, pero con los consejos de su padre e Itz, había logrado recorrer su primer tramo.



# II Tepectli MonaMictlán

“Los cerros que se juntan”

*Cuando de nuevo toques tierra, tendrás que esperar un poco a que la niebla se despeje, Itzcuintle podrá seguir contigo si así lo desea, pero no será su deber ayudar a librarte de cada trabajo...*

Ambos, salieron a tierra a secarse mientras el camino se hacía visible.

Sintiopil lanzó su bolsa a un lado completamente empapada, se tendió sobre su espalda viendo hacia el cielo, que también estaba lleno de niebla.

Entre tanto, Itzcuintle, se secaba a lengüetazos a un lado.

— *¿Tardará mucho en subir la niebla?* -preguntó a su perro, que por toda contestación se sacudió el agua que aún traía en el poco pelaje.

Sintiopil vio cómo llegaba otra persona a tierra, sin esperar que descansara su Xolo o que fuera visible en dónde pisar, se echó a correr hacia adentro del nuevo lugar, su perro guía no lo siguió. La tierra comenzó a vibrar, estar de pie se dificultaba un poco; se escuchaba como si dos grandes cosas se arrastraran por el piso. La niebla se apiadó del joven Sintiopil y le permitió ver qué pasaba. Frente a él había dos montes que podían deslizarse con gran facilidad sobre el suelo, dejando grandes huellas por donde avanzaban. Estaban por chocar entre sí y en medio de ellos se encontraba aquel aquel hombre que hacía unos segundos salió de las aguas.

Los montes finalmente chocaron con un gran estruendo, cuando volvieron a alejarse y retomar su lugar, no había nada en medio. El perro olfateó tratando de buscar al ser que ayudó a pasar por el río; se acercó un poco, observó; levantó una de sus patas delanteras, apuntó con su nariz que olfateó de nuevo como para asegurarse del resultado.

*...pero, aunque no es su trabajo, siempre debes confiar en él, porque sólo él sabe lo que vendrá. No seas ansioso como lo fuiste en la tierra, es un camino de transformación el que seguirás, de nada te servirá ser igual que aquí.*

Tanto el pelaje como la piel del guía comenzaron a oscurecerse, su trabajo había terminado apenas en el primer tramo; regresó al río y se aventó.

- *“¿Qué pasa si fallo?”*
- *No lo sé, pero los ancestros creían que era un final eterno...”*

A Sintiopil le fue difícil no sentir miedo, se sentó y abrazó a Itzcuintle que se dejó mimar hasta que un nuevo guía llegó, acompañaba a una mujer.

Ambos corrieron juntos hacia los montes que comenzaron a cerrarse apenas los sintieron cerca. Los dos eran sumamente rápidos, pudo ver cómo iban a la par, pero los cerros seguían cerrándose, de nuevo el gran estruendo.

Itzcuintle se levantó de las piernas de Sintiopil, tomó con el hocico la bolsa que ya estaba seca y salió corriendo a la base de aquellos collados que comenzaban a abrirse de nuevo.

- *¡Itz!—gritó a la par que corría detrás de él, intentando alcanzarlo—¡espera te van a aplastar!*

Su padre nunca le dijo qué pasaría si por culpa suya, el perro, quedaba en medio de alguna tarea, ¿también desaparecería igual que el hombre aplastado, tendría derecho de volver a llevar a alguien más, lo castigarían porque la persona que guiaba no terminó su deber en el lugar? El gran golpe se escuchó de nuevo, pero ahora tras de Sintiopil. Volvió la mirada, no se había percatado de que lograron pasar, gracias al miedo de que a Itz le sucediera algo y que ahora le devolvía su bolsa.

- *¡Buen perro!, mi papá estaría orgulloso de ti—le decía acariciándole detrás de las orejas.*

Pudo ver cómo a lo lejos la mujer y el perro, que había visto correr unos momentos atrás, seguían su camino perdiéndose entre la niebla que daba a la siguiente casa. Sintiopil e Itz siguieron los pasos de aquellos dos mientras los montes tomaban de nuevo su lugar.





# III

## Iztepetl

“Cerro de pedernales filosos”



*“Recuerda Sintiopil, el cuerpo con el que nos mostramos aquí en la tierra no ha de acompañarnos más allá, lo único que importa es lo que somos por dentro, tu **cuaxicalli**<sup>6</sup> no es diferente al de tu vecino, tu amigo o yo.”*

Frente a Sintiopil se encontraba un gran cerro, mucho más alto que los dos que acababa de pasar, bastante irregular, pero sobre todo filoso. Desde la base de aquella masa de roca, hasta lo más alto, había grandes pedernales con punta saliendo en diferentes formas y con distancia variable uno de otro; mientras entre dos de ellos cabía su pie a lo largo, no era lo mismo a lo ancho; sus manos tampoco podían encontrar un lugar de apoyo sin provocarse heridas. Para Itzcuintle no había problema, sus patas pasaban perfectamente, sin lesionarse; eso de alguna forma tranquilizó a Sintiopil. No le molestaba tener cortes, menos si era parte del proceso, lo que realmente le asustaba era ver a Itz herido.

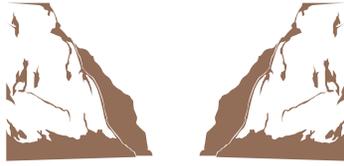
Más tranquilo se concentró en el nuevo reto, intentó subir como lo haría en cualquier camino inclinado; el cuerpo ligeramente hacia adelante, apoyando solamente las puntas de los pies, su técnica no sirvió; apenas rozó unos pedernales, estos atravesaron su piel y desequilibrándolo cayó de bruces.

Cuando se incorporó vio como la piel se atoraba para luego rasgarse como una tela vieja, creando lesiones que permitían ver parte de su interior.

Cuando su padre le habló de cambios, no esperaba que fueran tan pronto o ¿dolorosos? Podía percibir algo muy parecido al dolor, aun así la sensación no era igual a las lesiones que llegó a tener en vida. Entre pruebas y errores, por fin logró caminar a gatas hasta lo alto del cerro. Para entonces todo el cuerpo le molestaba, sin embargo había podido dejar su pecho lo más intacto posible.



<sup>6</sup> Nombre en náhuatl para referirse al cráneo, calavera o calaca.



Una vez que tocó la cima de aquel lugar, logró ver que la bajada sería igual de complicada; los pedernales eran mucho más pequeños que los de subida, pero la inclinación que tenía aquel lado del cerro sólo permitía bajar de una forma, sentado, casi acostado, si lo hacía al revés, como si bajara de un árbol, no podría ver el camino a seguir y quién sabe en dónde terminaría su cuerpo; Itzcuintle tampoco podía bajar por su propia cuenta, la inclinación era demasiada marcada para que un perro, incluso un guía como él, bajara.

Su camino por ahora se había detenido.

*¡Pero que tonto! ¡La bolsa, Itz!*—gritó sacando las cosas que tenía dentro, estaba seguro de que había visto algo ahí para ayudarlos.

Una pequeña manta, era la misma con la que estaba tapado esa última noche, no era muy grande, aunque tampoco necesitaban más. La dobló en cuatro creando un rectángulo mullido. Acomodó al fondo de la bolsa todas las joyas que puso su padre, narigueras, orejeras, algunos collares, etc. y la enrolló; se sentó sobre la manta con las piernas cruzadas e Itz sobre ellas; colocaron la bolsa protegiendo sus rodillas, serían las primeras que golpearía con las piedras; y se dejaron ir, resbalando sobre la falda del cerro, esperaba que ambos llegaran con la menor cantidad de cortes.

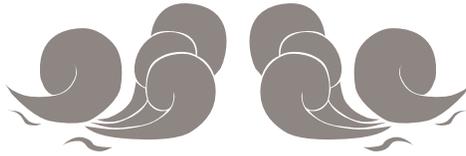
Tal vez porque eran parte de una ofrenda o porque eran cosas que aún pertenecían al mundo de los vivos, pero la manta y la bolsa jamás recibieron un corte de los pedernales. Tal cual habían empezado su descenso, lo terminaron, sin más heridas y con el perro a salvo. Se sacudieron un poco, Sintiopil guardó y acomodó todo de nuevo.

La siguiente casa esperaba.



# IV Itzehecayan (Cehuecayan)

“El lugar del viento de obsidiana”

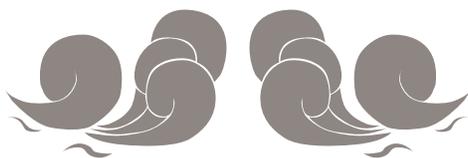


*Recuerda que el frío mantiene las cosas en una época y en un lugar, si las olvidas en ese clima, terminan por desaparecer, en cambio, el movimiento constante vence hasta al hielo, igual pasa en la siguiente casa...*

Apenas dejaron unos metros atrás aquel cerro, la temperatura bajó de golpe; la respiración de Sintiopil e Itzcuintle creaba una capa fina de vapor frente a sus rostros, mientras sus cuerpos comenzaban a tiritar cada vez más fuerte. A lo lejos, entre una gran cantidad de neblina, se podía ver una línea que serpenteaba y se perdía entre sombras. El frío del lugar había hecho que la bruma, a la entrada de esta casa, fuera bastante espesa. Inconscientemente ambos comenzaron a moverse en su lugar para no enfriarse; la visibilidad no mejoraba por más que esperaban, así que con algo de miedo empezaron su caminata.

Itz tomó el liderazgo, dejó su cola cerca de las piernas de Sintiopil para que pudiera guiarse y al mismo tiempo que se acercaban al inicio del camino, que habían visto momentos atrás, la niebla desaparecía. Frente a ellos se encontraban de nuevo unos cerros, mucho más grandes que formaban una pequeña cordillera, de cada lado había cuatro de ellos y en medio se encontraba la ruta que debían seguir.

Aunque ahora podían ver por donde avanzar, el frío se intensificaba. A Sintiopil se le congeló la mandíbula e Itzcuintle mantuvo su rabo abajo, no podía sostenerlo en alto. Su recorrido sería complicado sin poder comunicarse, pero al menos podían verse. El viento tan helado cortaba la piel del joven, dejando cada vez más heridas expuestas, que terminaban por abrirse, arrancándole la piel y la carne con cada piedra afilada de los cerros. Sintiopil dejaba partes de sí mismo durante el trayecto.



La curiosidad por ver cómo su carne se desprendía lo hizo frenar un poco, desobedeciendo por primera vez a las palabras de su padre. Quiso regresar al lugar en donde sintió el tirón anterior sobre su piel, pero el camino recorrido se opacaba conforme avanzaban, haciendo imposible regresar sobre los mismos pasos.

Itzcuintle siguió su camino; Sintiopil trató de alcanzarlo pero se fue de boca, su pierna se había congelado con la nieve, no sólo no podía moverla, sino que además el entumecimiento iba subiendo rápido hacía su rodilla; el brazo con el que se apoyaba para poder levantarse también comenzaba a congelarse, mientras más se movía en el piso, más partes de su cuerpo iniciaban el proceso de enfriamiento.

Desesperado al no poder gritarle a Itz por ayuda siguió moviéndose hasta que sintió que sus extremidades se zafaban de lo que las sujetaba. Se sintió más ligero, lo que le permitió avanzar con mayor velocidad, tal vez su mente lo engañaba, pero estaba seguro de que el último tramo había trotado intentando alcanzar a su guía.

La temperatura comenzó a subir, Itz, que no se había percatado de que su dueño se había atrasado un poco, se sacudía la nieve del lomo. Sintiopil, apenas alcanzó el final de la casa, observó asombrado su cuerpo; al menos una pierna, un brazo, y parte de su espalda mantenían parte de lo que alguna vez fue su ser físico, su pecho, sobre todo, se mantenía intacto pero el resto sólo era huesos.





## Pancuecuetlacayan

“El lugar donde la gente vuela  
y se voltea como banderas”



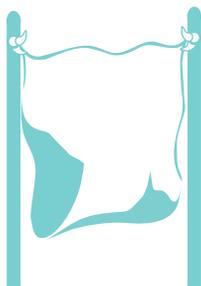
*Esta casa está unida a la anterior, mientras en una casi te  
congelas, aquí nada te sostendrá en la tierra...*

Las corrientes del lugar tomaron a Sintiopil que estaba concentrado en ver su nuevo cambio. En lo que comenzaba su ascenso podía sentir cómo poco a poco su cuerpo abandonaba su fuerza, dejándolo tan ligero como una tela; trató de mover sus brazos, sus piernas incluso intentó girar su cabeza para ver a qué altura se encontraba, pero ya no tenía control sobre él mismo. A su lado Itz sufría el mismo problema.

En lo más alto pudo ver como había más personas junto a sus perros en la misma situación. Los vientos con rápidos movimientos, que podrían haber matado a cualquier ser vivo, cambiaban de una dirección a otra. Sintiopil por alguna razón no sentía miedo de esto, al contrario, cada movimiento extremo de las corrientes de aire lo regresaban a unos de los momentos más preciados de su infancia, cuando apenas aprendía a caminar: se cansaba muy rápido, no podía moverse en un rato, así que su madre lo cargaba y lo lanzaba hacia arriba, al atraparlo le decía: vuela pequeña águila, sólo para que su padre los viera de lejos, reclamándoles que así no volaban las aves.



<sup>7</sup> Taparrabo



Lo tomaba de los brazos de su madre, lo acomodaba de tal forma que el abdomen del niño quedaba sobre una de las manos de su padre y la otra lo aplastaba por la espalda; corría con él diciendo: así vuelan. Cuando nació su hermana, el encargado de hacerla “volar” siempre fue Sintiopil, amaba hacerla reír mientras le decía que era tan ligera como las mariposas.

*No importa la edad que uno tenga, reflexionar sobre lo vivido nos permite seguir de manera honesta cualquiera que sea el destino.*

El jalón de la bolsa sobre su hombro, lo regresó a la realidad. Los vientos se la habían arrancado con todo lo material que llevaba dentro, lo único que le quedó fue su maxtlatl<sup>7</sup>. Por inercia acomodó su vestimenta, su cuerpo había reaccionado a sus deseos de moverlo. Tan pronto se dio cuenta de esto, los vientos los enviaron fuera de aquella zona dejándolo en la entrada de la siguiente casa.



# VI Timiminaloayan

“El lugar donde la gente es flechada”



*Las flechas de un guerrero no deben ser usadas sin cautela, no deben ser lanzadas si el objetivo es incierto, porque allá a donde van las flechas perdidas serán arrojadas por siempre...*

El ligero descanso entre casas le permitió ver un poco mejor el cambio físico que estaba sufriendo. Estaba seguro de que antes de subir a los cielos tenía más peso, ahora sus piernas, brazos y espalda, eran completamente de hueso igual que su cabeza, solamente su pecho mantenía una delgada capa de piel.

El ruido de unos zumbidos que parecían pasar de un lado a otro, lo sacaron de su propia contemplación. Dieron los pasos que faltaban para ingresar al nuevo sitio. Un camino liso y recto era lo que les esperaba, pero no había rastro de lo que escucharon minutos antes. Por el rabillo del ojo logró detectar dos seres que, igual que ellos, acababan de llegar; sin embargo en lugar de inspeccionar su nueva ruta, perro y esqueleto salieron corriendo sobre aquel camino, entonces miles de flechas tanto a la izquierda como a la derecha de la senda, comenzaron a ser lanzadas tratando de frenarlos, pero fue inútil y ambas figuras se perdieron ante la vista de Sintiopil.

Después de ver aquella demostración estaba seguro de poder pasar sin problema, ahora pesaba menos, si llegaban a tirar una flecha muy cerca podría tener la suerte de que pasara entre sus costillas o sus piernas sin hacerle daño. Sólo estaba seguro de algo, tenía que proteger su pecho, si le daban ahí seguro lo frenarían de golpe.



— *¡Vamos!* – gritó a Itzcuintle

Los zumbidos comenzaron a oírse cada vez más cerca, pudo ver las primeras flechas pasando frente a él. Conforme avanzaba, las saetas llegaban con menor tiempo, una tras otra, creando una cortina que no permitía ver el camino. El ruido que provocaban lo hacía sentirse en medio de un panal de abejas, aun así, mantuvo su carrera al mismo ritmo.

El sonido descendió poco a poco igual que la cantidad de flechas. Ahí, frente a ellos estaba el final de aquel camino y la entrada a la siguiente



# VII

## Teocoyohuehualoyan

“El lugar donde se comen  
en corazón de la gente”



*Así como para pasar el río al inicio de tu camino fuiste juzgado de tu comportamiento en vida, aquí serás de nuevo enjuiciado, sólo tu corazón podrá decidir si puedes pasar en verdad*

Frenaron sus pasos cuando llegaron hasta unos arbustos, más allá de ellos se extendía una gran selva calurosa, los sonidos de ésta eran exactamente igual a las que se encontraban en el mundo de los hombres, animales, ríos, el de las hojas de los árboles ante una ráfaga de viento o cuando algún animal pasaba de rama a rama.

Sintiopil trató de ubicar hacia dónde avanzar, buscó la entrada por la que habían pasado hace unos momentos pero ya no se encontraba a la vista. No existía un cielo por el cual guiarse al norte o al sur. Itzcuintle por primera vez dejó de ser el guía y se mantuvo unos pasos atrás de su antiguo dueño, todo indicaba que esta prueba le correspondía completamente solucionarla al joven.

El sonido de unas ramas los hizo detenerse, trató de ver que había sido, hasta que el mismo ruido se volvió a escuchar ahora en otro lado diferente; entre los arbustos, un ronroneo suave que poco a poco cambiaba a una vibración de garganta bastante intimidante, subía también de volumen, hasta que finalmente se convirtió en un gruñido que lo tenía acorralado. Podía sentirlo en la nuca y aunque volteara a su espalda, el siguiente se volvía escuchar atrás de él.



Una sombra agazapada salió de la nada tumbándolo, era un jaguar enorme de pelaje dorado y manchas negras tan brillosas que hipnotizaron a Sintiopil. Itzcuintle, sabio guía, entendió perfectamente que aquel felino, no era más que uno de los muchos a cargo del señor **Tepeyollotl**<sup>8</sup>, por lo tanto, sólo podía observar lo que iba a pasar.

Sintiopil, aún bajo la magia de aquel animal, vio como la piel que cubría su pecho se desprendía de él; ahí entre sus costillas latía con fuerza su corazón, el jaguar tocó con su nariz los huesos del joven, sus costillas se abrieron para darle libertad al jaguar de tomar el corazón entre sus mandíbulas y tragarlo.

Terminado su bocado desapareció y la selva le mostró el camino que debían seguir.



<sup>8</sup> Señor de los jaguares. También se considera una de las representaciones que se le da al dios Tezcatlipoca



# VIII IzMictlán Aochalolca

“Laguna de aguas negras”



*A partir de aquí, te corresponde seguir solo, lo que has aprendido en vida y durante el recorrido que has hecho, te ayudará en lo que falta, no importa qué decisión tomes, sé que algún día te alcanzaré Sintiopil...*

Bastante agotado logró pasar a la siguiente casa. Ahora se encontraban en donde desemboca el río Chiconahuapan, lugar conocido como Apanohuacalhuia; en sus aguas se podía ver cómo trataban de cruzar hacia el otro lado varios seres esqueléticos, hasta que una sombra debajo de ellos aparecía y los hundía en el agua, jamás volvían a salir. Sintiopil se sentó por un momento, de verdad estaba muy cansado, el río a simple vista no se percibía muy ancho, pero necesitaba tiempo para recuperarse.

- *¿Listo para cruzar Itz? – volteó a ver a su perro que cambiaba su color pardo a uno negro, el trabajo como guía había concluido.*
- *Fue poco tiempo de nuevo.*

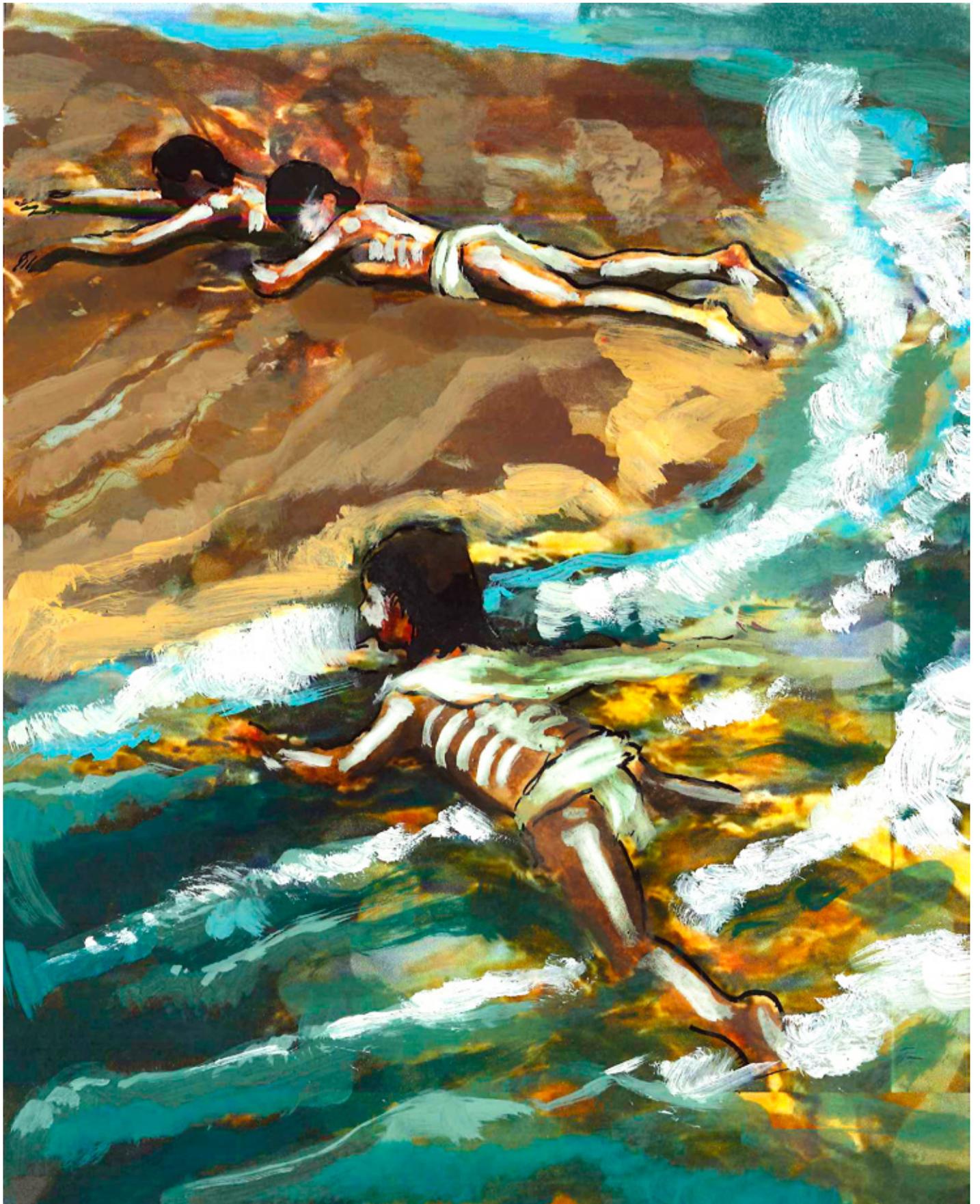
Itzcuintle lamió los pómulos del joven mientras se abrazaban por última vez y desapareció dejando completamente solo a Sintiopil. Por inercia acercó sus manos a las cuencas de sus ojos, su cuerpo hacía mucho que no existía, pero las emociones seguían ahí y aunque no pudo llorar la partida de su amigo, sintió como si lo hubiera hecho.



El cansancio que tenía no disminuyó, al contrario, se incrementó así que optó por alistarse para ingresar al río, esperó a que la sombra estuviera lo suficientemente lejos de su lugar y se lanzó; sentía que sus huesos pesaban el doble haciendo lento su braceo, las piernas estaban más bajas de lo que le habría gustado. Si no fuera por otro nadador a unos metros de él que empezaba a ir más lento, la gran sombra habría ahogado a Sintiopil.

La puerta a su nuevo destino era bastante diferente, apenas tocó tierra frente a él aparecieron nueve ríos estrechos, a diferencia del mayor a éstos los podría pasar caminando. Para cuando cruzaba el último río, sus piernas ya no le respondían, se quedaban atoradas en el lodo del fondo, utilizó toda la fuerza de sus caderas para liberar sus pies y con las manos se sostuvo de la tierra firme para salir.

El cansancio le impidió levantarse y arrastrándose cruzó a la última casa.



# IX ChicunaMictlán



*Si has logrado llegar aquí, quiere decir que venciste a Xochitona<sup>9</sup> nadando...*

Sintiopil ya no pudo levantarse, la humedad en sus huesos, el clima frío y la niebla tan oscura del nuevo lugar, no le dejaban pensar con claridad, así que se arrastró tratando de guiarse solamente con su tacto y oídos. Supo que se había alejado del río al oír que el paso del agua se encontraba cada vez más lejos, se sentó y trató de recargarse en cualquier cosa que pudiera sentir con sus manos quedándose ahí. En ese punto sus huesos le pesaban en exceso junto con los recuerdos de su vida que llegaban todos al mismo tiempo sin dejarlo escoger uno.

Como aquella ocasión, cuando se lastimó por primera vez. Fue con su madre a Tlatelolco por algunas cosas para la casa, quiso cargar las compras como lo hacía su padre, con un amarrado en la cabeza, pero al no dominar bien la técnica, terminó con un dolor de espalda por días, o una de tantas veces que cuidaba a su hermanita y en un descuido la perdió de vista en su propia casa. Sin olvidar la vez que ambos se echaron la culpa de las cosas que estaban rotas.

Pero no todos los recuerdos eran malos, también podía recordar cuando salían como familia a caminar y luego cenaban juntos en casa mientras su padre les contaba historias. Las veces que podía jugar con algunos de sus amigos de la zona o cuando salía a jugar con Itz. En medio de sus pensamientos revueltos, tenía una idea fija: le hubiera gustado ver a su perro completamente blanco junto a los otros perros que no sólo ya habían hecho su trabajo, sino que estaban completamente limpios.



<sup>9</sup> Iguana gigante sumergida en las aguas negras del Apanohuacalhuia.



La niebla desapareció, ante él se encontraban los señores del Mictlán, tendiéndole cada uno una mano para incorporarse. Mictlántecuhtli lo jaló frente a sí, colocó su mano sobre la cabeza de Sintiopil y tomó del joven todo aquello que aprendió en vida, al terminar, Mictecacíhuatl lo sostuvo y puso su dedo índice en la frente del recién llegado buscando su último recuerdo:

- *Padre ¿qué pasa después?*
- *Existen muchas ideas sobre lo que puede pasar allá pero sólo los señores del Mictlán saben a dónde irás.*
- *¡Qué mal!*
- *¿Querías ir a un lugar en especial?*
- *No, me hubiera gustado poder ver los atardeceres de aquí desde el otro lado.*

Sintió como si lo arrojaran. Cuando abrió de nuevo sus ojos, ahí estaba, un atardecer igual a los que solía ver afuera de su casa. El horizonte con matices rojos en lo alto, amarillos más abajo y los cerros a lo lejos ya oscuros, casi negros ante los últimos rayos del sol que se retiraba detrás de ellos. Las aguas del gran lago de Texcoco se veían doradas, y, entonces pudo oír las últimas palabras de su padre antes de que cerrara los ojos en el mundo de los vivos:

Sintiopil, para cuando llegues al final habrán pasado un poco más de cuatro años, no importa a donde vayas o cuál sea tu destino, pequeño, recuerda que siempre serás un gran orgullo para tu familia.





## Nicuepa nocal

“Volver a casa”



Sintiopil se encontraba recostado, admiraba una puesta de sol cuando un olor familiar lo distrajo. No podía recordar cuándo o dónde había tenido contacto con ese aroma, pero conforme pasaba el tiempo, se intensificó, llenando completamente su lugar de reposo. La curiosidad por saber de qué sitio provenía ese perfume era demasiado fuerte, así que fue en búsqueda de su origen.

Unos cuantos pasos lo llevaron junto a una cantidad enorme de seres esqueléticos como él, frente a ellos, sentados en sus tronos, se encontraban los señores del Mictlán, cada uno custodiando un costado de una gran entrada, protegida por una tela que por sus rendijas, salía la fragancia que lo había obligado a abandonar su paraje.

Un calor que hacía tiempo no sentía, invadió las piernas de Sintiopil, al bajar la vista, se dio cuenta que su antiguo cuerpo comenzó a reaparecer sobre sus huesos e igual pasaba con cada uno de los que estaban junto a él. No fue, sino hasta que cada uno recuperó su piel que la tela cayó, y los aromas que esperaban detrás se multiplicaron en cantidad e intensidad.

Cada una de las personas que estaban alrededor de Sintiopil caminaron hacia la puerta desapareciendo uno tras otro apenas cruzaban el umbral, pero él no, se había quedado inmóvil ante lo que veía. Mictecacihuatl al verlo dudar, bajó su mano depositando una bola blanca que se movía levemente a los pies del joven.



— ¿Itz? – preguntó con una gran sonrisa

Ahí estaba, su último deseo cumplido después de mucho por la misma señora del Mictlán.

Agradeció con una reverencia y juntos cruzaron la puerta.

Llegaron a un pasillo oscuro, silencioso y de alguna forma, esto no le producía miedo, conforme avanzaban el lugar se hacía más claro, lo suficiente para ver que a sus pies se encontraban pétalos de cempasúchil; el sonido comenzó a llegar a sus oídos lo que le permitió identificar unas risas de personas a lo lejos; finalmente los olores tomaron nombre: copal, maíz, tunas...

Una luz al fondo de su camino comenzó a brillar más, la sombra de tres figuras humanas al fondo removió algo profundo en sus recuerdos. Itz salió corriendo moviendo la cola. Una de las personas se movió un poco y Sintiopil reconoció aquel rostro:

— ¿Papá?





**INPI**

INSTITUTO NACIONAL  
DE LOS PUEBLOS  
INDÍGENAS



MÉXICO 2021